

Aprendiz de empresario

Bruce Swansey

El escenario mediático de un esperpéntico reality show le sirve a Bruce Swansey, hombre de teatro y autor de Edificio La Princesa, para desatar a través del lenguaje la vorágine de la barbarie y la violencia a la que se ven empujados aquellos seres marginados por la miseria y la falta de oportunidades en un mundo enloquecido y caótico.

En el principio fue el caos de la materia. No había árboles, ríos ni nombres. Todo era masa revuelta en el fango. Pero surgió el transcurso y el espacio y en el orbe sombrío se distinguieron semillas de diferenciación. Aparecieron entre el lodo primigenio la sangre, la agitación y el palo encebado. Luego fue la señal.

La sombra cedió paso a la luz revelando las largas serpientes del cableado. El estudio emergió animándose con camarógrafos, locutores y asistentes y las descargas de adrenalina del querido público que aguarda ilusionado el látigo chasqueante del empresario de oro, quien les promete cuanto añoran.

Abundio y Llonatán se formaron fuera del estudio porque es preferible agonizar en la madrugada para participar en la audiencia “en vivo” que ser intérprete anónimo de la propia miseria. Además las colas exigen practicar las virtudes cardinales: la paciencia sobre todo, pero también la modestia, la caridad, y el conocimiento íntimo de que se es un ser nacido para la muerte.

—¡Qué pinche frío, me cae, güey! —dice Abundio soplándose las manos.

Para participar es imprescindible firmar un contrato que exime de toda responsabilidad a los productores. Es un programa de adultos para adultos que asumen su libertad. A cambio los concursantes gozan de

los fabulosos beneficios de la celebridad. Durante ese tiempo viven con plenitud gozando la brevedad incandescente de su fama. Son los héroes del instante. Les bastan las galas de la muerte.

—Chido, güey... —opina Llonatán vislumbrando el fulgor que lo recompensará al final de la cola.

El eterno espectáculo de las ilusiones renueva el encanto melancólico de la esperanza al anunciar que un tribunal considera devolver a los pensionistas 1 por ciento de los ahorros perdidos en la piratería bancaria más reciente. La cámara pana sobre el público deteniéndose en los espectadores que al azar han ocupado las butacas electrificadas por lo que se les conoce con el nombre de “nalgas calientes”. Sus respingos causan enorme hilaridad y contribuyen a la camaradería.

Afuera Llonatán se encoge con los retortijones.

—No mames, güey...

Los programas dependen de las encuestas que en la jerga del magma de la creación se llama *rating*. *Aprendiz de empresario* se mantiene en el horario de mayor éxito y cuenta con la banca, la industria automotriz, los emporios petroleros, los imperios informáticos y los bienes raíces como patrocinadores de un programa encomiable porque revela e impulsa la ambición.

—¡Pssss!

La maquillista sabe que no debe acercarse antes de que el conductor haga la señal con la mano ebúrnea de apretados y rechonchos dedos que ya alza como quien llama al perro. Luci se estremece. Acude aturrida. Entreteiene dudas sobre el magnate cuya imagen no coincide con este que yace desparramado. Si pudiera lo entregaría a las deidades insaciables. Lo haría recorrer puentes que se angostan. Luego lo haría saltar al abismo ardiente. La boquita parada en un eterno puchero le sugiere el culo de las gallinas. La carota hecha de masa sin hornear bajo el cabello entreverado de mechas color zanahoria y amarillas como las piñas que debe embalsamar en forma de algodón de feria.

Luci suspira. Sonríe para disimular el miedo. Se concentra en aplicar una primera capa de sellador sobre el que traza rayas con el lápiz blanco que también distribuye alrededor de los ojos.

En el pasillo gruñen Abundio y Llonatán a la espera de su turno.

—¡Qué pinche suerte, güey!

Le repugnan las manos porque son muy pequeñas pero sobre todo por su inusitada rapidez: con la izquierda le sujeta las manos mientras con la derecha le levanta la falda y urga entre sus piernas. Repentinamente la suelta y la mira ofendido.

—¡Oríname! ¡Aquí! —le dice pasándose la mano regordeta sobre el pecho.

Aparece enmantecado y polveado.

—¡Cinco... cuatro... tres... dos... uno...

—¡Chillen, puercos inmundos!

—Óraleee...

El programa se inicia con un segmento de interés nacional que según el conductor tiene poderes terapéuticos notables: levantar el muro. Aquí se ventilan los rencores más acendrados y ninguna agresión es excesiva. Causa admiración el ingenio para obligar a los participantes a poner ladrillo sobre ladrillo que deben pagar de contado. En caso contrario el magnate dispone como rehenes de los familiares que aguardan encomendándose a la madrecita del Tepeyac.

—Sta güey...

En lugar de inventar historias el programa las “produce” a condición de que sean ciertas y se realicen con los protagonistas originales. Nada existe fuera de la pantalla líquida en la que los sueños son más auténticos que la caca de perro. Aquí nada es ficticio.

—¿Te cae, güey?

El millonario temperamental es enemigo de la simulación. Si se afirma que transforma a los hombres en cerdos es porque es cierto. Los televidentes han sido inoculados por la desgracia permanente que se agolpa en los noticieros y ríen hasta llorar con las promesas de los políticos en turno, pero ni siquiera el más cínicco, quien conoce la inconcebible inferioridad de los

dioses, se atreve a cuestionar lo que sucede en *Aprendiz de empresario*.

El naufragio es la condición de la que parte el programa, lo cual le ha valido al gran pujante ser encomiado por los analistas culturales que dedican sus cavilaciones a analizar los segmentos del programa y a seguirlo durante temporadas.

—¿Cuánto pinche tiempo más, güey? ¿Eh?

Una sección especialmente popular se alimenta de los proyectos presentados para drenar el pantano, que obsesiona al potentado. Aquí se usan ilegales porque a raíz de la muerte de una iguana la sociedad protectora de animales protestó airadamente.

—¿Desde cuándo que estoy aquí güey? —insiste Llonatán como si Abundio no lo supiera.

El pantano está infestado de serpientes aunque también hay lagartos monumentales. Los participantes son usados para probar distintas armas a veces hechas con materias tan comunes como la pimienta. La deshidratación bajo las lámparas inquieta a los reptiles y estimula su capacidad tóxica y su relampagueante agilidad que los dispara letalmente.

—¿Qué les costaba meter uno más, güey? A ver, la neta, güey.

El programa se distingue por su jovialidad. Cuando los saurios son pequeños se les contiene pero su velocidad mortífera cobra víctimas, lo cual estimula al público y lo prepara para el siguiente segmento del programa.

Para prosperar todo depende de la calidad de la educación así que una sección consiste en descender a un pozo infestado de alimañas ponzoñosas dedicadas a la enseñanza universitaria. Troya es simulacro comparada con estos seminarios infernales dignos del sumo sacerdote donde se discuten futuras estrategias para formar profesionales de acuerdo con las necesidades de la industria.

—¿Hasta cuándo van a abrir la pinche puerta, güey?

En algún encuentro una graduada de Recursos Humanos se introdujo un escorpión en la boca sin chistar aunque después pereció a manos de una colega aparentemente muerma. Todo consta en las imágenes que el conductor conserva porque nada queda fuera de la mirada de Argos, uno de los patrocinadores dedicado a sistemas de alarmas.

—¡Suputamadre, güey!

En “La Banca sentimental” se evalúan las propuestas que los desamparados imaginan para solventar su miseria y la de sus familiares. Allí abundan los abuelos deshaciados que aceptan suicidarse en el programa a cambio de reducir hasta 50 por ciento la hipoteca contraída por el nieto que junto con el departamento también puede perder la casa familiar usada para garantizar el préstamo cuyo pago inmediato exige el banco.

En esa sección concursan entre cinco y siete viejos que presentan sus proyectos ante los ejecutivos. La deses-



© Robert Huberman

peración es muy atractiva cuando es auténtica porque realza el valor del sacrificio. El gobernador del Banco Central ha expresado su agradecimiento al potentado conductor que lucha exitosamente contra el desánimo que, dice, “infecta al pueblo”.

—¡Y ni una pinche silla, güey! ¿Qué chingados les costaba una banca, eh, güey?

En el ocaso de los dioses estos concursantes son los más populares. Aunque sentenciar es cosa ardua con gusto los ejecutivos reciben el mazo dorado de manos de las gentiles vestales para aplicarlo sobre los cráneos de quienes han sido elegidos entre los menos destartalados, que sobresalen por un agujero de la pared. Esta sección resulta polémica porque es difícil limpiar el estudio y en esto el sindicato es muy escrupuloso. En televisión cada instante cuenta.

—Hijos de la chingada, güey, si aquí hasta hay ñoras, güey...

Las encuestas a cargo de Indagaciones Mercurio llegan a la velocidad de la luz.

—¿A qué perdedor exterminamos? ¿A cuál Gutieritos ahorcamos con sus calzones?

Las cámaras panean sobre el público que desde sus butacas ondea ropa interior de todos colores y formas.

—Hay que librar el mundo de musulmanes —afirma levantando el dedo índice.

Una cámara enfoca la ansiedad y luego la alegría cuando han salvado el pellejo. En el centro de un círculo tribal de la sección titulada cariñosamente “El marranito”, el aprendiz despedido baila su última danza.

—¡Duro! ¡Duro! ¡Duro!

Suenan los tambores y en el aire hay una acechanza inmemorial que conduce al corte comercial.

Las cápsulas que promueven los productos de los patrocinadores ocupan el segundo corte. Una de ellas obliga a quien muestra el aparato a introducir la extre-

midad en la coladera, debajo de la cual se encuentran las aspas que segmentan con la precisión que sólo puede obtenerse con *Black and Blue*.

“¡Mejor bresaola!” —opina la maquillista pensando en la reunión del sábado.

El último modelo de televisión de pantalla curva muestra a una triste encerrada donde sólo hay mujeres que miran hacia las montañas lejanas donde unos fisicoculturistas desnudos producen cerveza. La cámara vuelve al círculo donde el “puerquito” danza aliviado momentáneamente porque su deportación ha sido diferida.

—¿Cuánta gente hay aquí, güey? ¡Un chingo, güey!

—¿Cuál es la moraleja? ¡Muy sencillo! No toleraremos a ninguno que quiera vernos la cara ya saben de qué ¿verdad? A nin-gu-no. Pero para su regocijo nuestras vestales ya reparten las “Empanadas de Midas”. No les revelaré de qué están hechas. Confórmense con saber que contienen la parte menos valiosa de un intelectual.

—¡Son de sesooo! —gritan a coro las bacantes.

A continuación comparecen los sobrevivientes de la emisión anterior que durante la semana fueron agasajados por los productores como dioses jóvenes. No hay medida. Lo que el cuerpo pida. Se transforman instantáneamente en celebridades y nada se les niega. Algunos llevan hasta un par de Rolex.

—¿Tú qué quieres ser, Vanesa? —pregunta una de las vestales en el estudio.

—¿Yo? ¡Famosa! —relincha la susodicha.

Cuando la energía y habilidades de los participantes les permiten continuar más de dos semanas y es probable que su proyecto sea elegido por una compañía, a la tercera aumentan el número de proyectos viables. Hay cámaras que los graban día y noche, testigos de su deterioro. Como en los tiempos heroicos el precio de la gloria es la muerte. Un hombre aparece a cuadro. Es excepcional porque su proyecto no ganó pero ha sobrevivido

cuatro semanas. Está por ingresar al grupo de empresarios pero la votación de los participantes lo arroja a una tina de aceite hirviendo.

—¡Quiero buñuelos! —ordena el querubín esmaltado.

—Qué pinche sueño, güey...

Otra sección reúne a quienes participan en la industria alimenticia y de la hospitalidad. Los concursantes deben preparar platillos ornamentales y hechos con materia prima barata para garantizar las ganancias de “Mugre Boy”. Ninguno puede elegir los ingredientes pero deben conseguirlos y probarlos. Muchos pierden la vida antes de poder presentar el resultado de sus indagaciones culinarias.

—¿Qué pinche pedo, güey. Me cae, güey. ¡Qué mal pedo!

Al magnate le gusta detener las cámaras en los esfuerzos cada vez menos enérgicos que los cocineros hacen para librarse de terminar como el especial del día.

Los amargados y los envidiosos no entienden cómo un programa basado en la humillación y aun en la tortura puede gustar pero se equivocan al pensar que al público le ofende el circo del potentado: el sufrimiento de los semejantes es reconfortante. La última encuesta indica que el programa ha contribuido a aumentar la obesidad mórbida. El dolor es adictivo y bienvenido por la industria azucarera.

—Les doy la misma mierda de siempre. ¡Eso es recitar! Lo demás son mariconadas de los ecologistas.

Su agonía implica la justicia diferida. Los participantes saben que la metamorfosis los alcanzará pero los consuela saber que la hora de otros ha llegado antes.

—Casi me caigo, güey, sentí bien feo, güey.

—¡Cumplamos con nuestro destino! —vocifera el millonario conductor.

Aprendiz de empresario también es una escuela de democracia donde cuanto sucede es resultado de la participación de los televidentes que votan y de los concursantes deseosos de liberarse de sus rivales.

—Como la vida misma. Cada uno decide la máscara que quiere usar. Todo forma parte del guión.

—Duro. Duro. Duro —corean los entusiastas del respetable.

El magnate pasea entre las concursantes revisándolas de pie a cabeza. Magnánimo y retozón, les regala ungüentos hechos con químicos que también se utilizan para lavar los baños, aroma de cloaca.

—¡Putá, me voy a orinar, güey!

Hay una sección de destreza gladiatoria en la que participan los forzudos de gimnasio y quienes desean dedicarse a la industria de la seguridad. La regla fundamental consiste en que a diferencia del pasado, cuando la individualidad más estricta dominaba, ahora es imprescindible establecer alianzas en lo que, como la vida misma, es una guerra sin cuartel. La finalidad es exterminar

terroristas y ensayar las más recientes innovaciones en la industria bélica. A una señal los participantes a quienes se les han proporcionado dosis masivas de Captagón corren hacia las armas.

—¡Qué pinche mala suerte, güey!

Esta sección brinda consuelo a los televidentes porque confirma que no hay caridad ni esperanza y que sólo la más extrema desnudez del alma puede arroparlos.

—Venirse a morir aquí, güey, es una pinche mala suerte, güey, me cae, güey.

La sección final del programa tiene gran éxito porque también sirve para promover “Así me gusta”. Es la parte gore del programa en la que abundan los tajos, las venas cercenadas, los surtidores de sangre y de otras materias que el cuerpo desaloja en el estertor final, todo minuciosamente registrado en gran acercamiento.

—No se inquieten. Les aseguro que pronto podrán aspirar el hedor en la comodidad de sus salas.

Aprendiz de empresario simula la ausencia de simulación. Los órganos que se obtienen en la lucha se venden y son transportados por helicóptero aún palpitantes en su lecho de hielo seco.

—No puedo más, güey...

El potentado los mira correteando en el cieno ilusionados con la posibilidad de volverse empresarios de categoría. Su brazo infatigable se abate sobre los lomos y chasquea el látigo oscureciendo el prisma del mediodía con polvo arremolinado.

—Es un pinche dolor aquí, güey... ¡Putá! Perdón, güey, fue un accidente. Me cae, güey.

El mundo real es una miseria pero en pantalla cobra prestigio insospechado. La mugre, los desechos, el desamparo, la vulnerabilidad, todo vende. La pantalla transforma el dolor en entretenimiento desde Cólquida hasta Miami y desde Bagdad hasta el Cabo de Buena Esperanza.

—¡Putá sed, güey, siento tierra en el cogote, güey!

—¿Cómo planea vender su producto? Tiene 10 segundos.

—¿Ca?

En *close up* sus labios se estiran hacia delante.

—¡Despedido!

—No es cierto, güey, que haya luz, no hay, güey...

El programa avanza a su conclusión. A veces el millonario exaltado se demora subrayando la estupidez de sus aprendices pero otras el desenlace es súbito. Al final la luz máxima siempre es infernal: quienes son detenidos bajo tal intensidad se calcinan. Los dioses ciegan a quienes desean perder.

Abundio y Llonatán se desperezan en el pasillo lóbrego y mal ventilado.

—Me cae que no hay luz, güey...

—Otro día transcurrió sin poder entrar al estudio. Eso fue hoy pero mañana será otro día. **u**